

Palabras del Presidente de la República, José Mujica, en su audición radial correspondiente al 3 de junio de 2014.

Un placer, amigos, el poder saludarlos a través de este espacio. Tendríamos que decir que nos consideramos verdaderos militantes por la vida y que a nuestra edad continuaremos como podamos una lucha sin pausa, porque lo sentimos, hasta que un día la muerte nos detenga.

Todos, en general, deseamos mejorar como pueblo. Pero la experiencia, los avatares y los años nos han enseñado que los necesarios cambios que nos pueden empujar hacia el progreso no los determinan los rostros nuevos o la piel. Sí los imponen aquellos cambios que pueden calar en lo profundo y que, como tales, se hacen determinantes para tratar de lograr generaciones que sean más hábiles, más diestras, más capaces tecnológicamente e intelectualmente que lo que somos nosotros hoy.

¿Por qué? Porque si no mejoras tú, si no mejora la cabeza de tus hijos, a la larga no mejora el país, la nación.

Esto obviamente tiene muchísimas ramificaciones, pero hay algunas... Un viejo pensador americano definía al hombre como “animal que construye herramientas”. Repito: animal que construye herramientas.

Por ahí empezó la larga marcha milenaria capaz de desembocar en crear civilización. Comenzó con el uso de las manos para facilitar el trabajo elemental de lucha por la vida: masas, palos con punta, cuchillos de piedra, barro, chozas para guarecer, una larguísima y humilde práctica para ayudar a defender la vida en condiciones primitivas y hostiles. Pero ese quehacer de las manos comenzó haciendo pensar en lo que se hacía.

Es allí donde arranca la historia del pensamiento y es allí donde arranca el ejercicio de elaborar pensamiento, imaginar, imaginar para hacer cosas; cosas que previamente representamos en la cabeza y tratamos de ejecutar con las manos, y las vicisitudes por las que atraviesa el oficio de las manos refluyen en la reconstrucción de nuestro pensamiento y nos van enriqueciendo.

¿Por qué me detengo en esto? Me detengo en esto porque nuestra Constitución por ahí dice: “Son obligatorias la enseñanza primaria y la enseñanza media, agraria o industrial”, y me detengo. Pido repensar esto: “son obligatorias la enseñanza primaria y la enseñanza media, agraria o industrial”.

¿Qué les pasa a nuestros niños cuando salen de la escuela? ¿Cuáles son los caminos que tienen nuestros niños? Cualquiera sea su historia, sus vicisitudes, sus dificultades, su origen, su desarrollo intelectual o, sobre todo, su desarrollo verbal, la riqueza de su lenguaje, de su decir —porque es inevitable que

nuestro lenguaje refleje en parte la peripecia de nuestras vidas—, no tienen otra alternativa que desembocar en un ciclo básico formalmente igual en todas partes, un ciclo básico en el que todo es verbal casi sin excepción, casi sin uso de las manos. Es como una capacitación antigua, de los viejos preparatorios para ir a la universidad o una capacitación para oficina.

En todo caso, este es el hecho tangible, el hecho real. Que un botija de 12 años, muchos de los cuales vienen de hogares a veces con enormes dificultades, huérfanos de atención o de cariño..., eso se va a reflejar en el nivel lingüístico, en dificultades de aprendizaje, porque cargan con conflictos familiares, a veces. Algunos pensadores de la enseñanza lo definen a esto como los *traumas acumulativos*, por poner nombres.

Tienen dificultades en lo cognoscitivo y en lo emocional. Esto no se puede remontar por decreto. Tienen dificultades en la operativa estrictamente intelectual, pero ¿significa esto que sean menos inteligentes, menos capaces? No, no, no. Es otra historia. No les ofrecemos otra cosa que un ciclo básico que, me atrevo a afirmar, está hecho desde la academia, pensado en Montevideo y para todo el país.

Poco tiene que ver con eso que nos mandata la Constitución: enseñanza media, agraria o industrial diversificada.

El hecho está en que, en esos tres o cuatro años de ciclo básico, a muchísimos gurises los perdemos, porque se pudren, se aburren, porque se sienten estigmatizados, que no sirven, empiezan a quedar excluidos desde el punto de vista formal. De hecho, contribuimos a expulsarlos y a que tengan una sensación de fracaso.

¿Qué nos pasa? Parece que privilegiamos solo la transmisión por palabras; casi no existe la experimentación o la observación.

Las manos no se usan para otra cosa que para escribir. En realidad, privilegiamos los programas, la didáctica, pero nos estamos alejando de cosas muy trascendentes.

Existe, en el fondo... Todo esto tiene una larga raíz ideológica de un pensamiento, diríamos, un tanto afrancesado, pero no de la Francia actual, sino antigua, una contraposición entre trabajo intelectual y trabajo manual.

Hay una dicotomía, en los hechos. Se separa el pensar del hacer; se separa al sujeto que piensa y al sujeto que hace; se crea una tácita jerarquía en contra del trabajo manual, como si lo único importante..., como si dijéramos que usar las manos no significa desarrollar creación.

Este asunto viejo, pero que ha sido determinante, choca contra aquella afirmación que la práctica de la que tenemos conciencia y exige y gesta su

propia ciencia, no podemos olvidar las relaciones entre la producción, su técnica indispensable y la ciencia. Esa es la dinámica del proceso de pensar la práctica, por eso es que pensar la práctica enseña a pensar mejor. Hace mucho que escribía esto Paulo Freire.

Entonces, al salir de la escuela le propinamos un único camino: vaya al liceo o a la UTU, el ciclo básico, absolutamente imprescindible, homogéneo y parejito, desde Montevideo a Artigas, vivas en la campaña o vivas en Pocitos, no importa. Es como... en fin.

Parece que dijéramos que inteligentes y capaces son aquellos que dan resultado en las pruebas verbales, orales o escritas pero verbales, que no son inteligentes los que no tienen fluidez en el lenguaje, porque en definitiva el pensar en la práctica no lo desarrollamos. En fin.

¿Qué implica esto? Que no debemos seguir con este desprecio tácito; que no debemos pensar que todo tiene que ser ladrillesco, igual y parejito; que en definitiva a muchos gurises que salen del cascarón escolar tenemos que darle la oportunidad de otro tipo de enseñanza o, más claro, que hay que ir al ejercicio de oficios manuales, agrarios o industriales de entrada, con coraje y decisión, y tratar de sumar allí los rudimentos indispensables. Y si *a posteriori* en el proceso de formación, los muchachos apelan a ir a más, tener otras flexibilidades, pero no podemos seguir tratando igual a lo que es distinto, porque esta es una de las tragedias que tiene el Uruguay, no la única, en la base de la formación de las nuevas generaciones.

Y este hecho nos parece de la mano con otros.

Cuando miro el mapa de las UTU, las UTU manejadas desde Montevideo, donde entre Montevideo y Canelones hay más de la mitad... pero de 110, más o menos, que hay en todo el país, apenas hay 20 de las cuestiones más o menos colindantes con las cuestiones agrarias, y tengo que ser generoso porque tengo que poner en esos números la escuela de viticultura y algunas otras que no funcionan, en un país que tiene 13 millones de hectáreas dedicadas a la ganadería, que es agroexportador.

Y esto habla a las claras, no solo de que está gobernada esa enseñanza peyorativamente —porque obligamos a todos los gurises a que hagan el ciclo básico de entrada—, sino que además las manejamos centralizadamente desde un aparato infernal sentado en Montevideo que con esta sigla manejar un sistema quiere hacérselas con todo el país, con las diferencias que tiene de cada región.

Esto da una idea... Es sabido que nosotros planteamos ciertas ideas y que no tuvimos suerte, que hemos fracasado, por eso iniciamos esta audición, poniendo el pensamiento en que esto es una larga lucha, una larguísima lucha.

Porque en definitiva, para ser un país desarrollado necesitamos un conjunto de ciudadanos de futuro, de alto desarrollo tecnológico, intelectual, capaz, productivo y enriquecido intelectualmente, pero esto debe pensarse a escala nacional, porque este cambio no se da con el sur o con Montevideo. Esto necesitamos masificarlo fundamentalmente en el escenario productivo por excelencia que se llama el interior del país.

Y hablar de descentralización y creer que esta es una cuestión administrativa, de mandos, de alcaldías, todo eso puede tener importancia, pero si no descentralizamos la formación de las cabezas, si no damos iniciativa, libertad, pero sobre todo si no nos damos cuenta del valor que tiene en el desarrollo de la personalidad el ejercicio intelectual de pensar con las manos, del reflejo que tienen que dar las manos.

Para cerrar, en mis aventuras de largo luchador, hace tal vez más de 50 años, veníamos en una camionetita con un amigo, compañero, intelectualmente muy rico, de esos capaces de vomitarte una sarta de conocimientos intelectuales, filosóficos y políticos de la historia del pensamiento y de la civilización humana, y pinchamos en un camino legendario. La camionetita nos la habían prestado.

Pero resulta que este buen muchacho no tenía ni idea para ponerle el gato, para aflojar una rueda y cambiar una auxiliar en el camino.

Y yo empecé a desconfiar de eso que se puede llamar “la formación unilateral del individuo”, porque antes de ser maduros intelectualmente, el ser humano es un repertorio de muchas cosas cuasi elementales: destornillar, clavar un clavo, torcer un alambre, sacar una tuerca, tener el coraje y la inventiva de atracarle con un destornillador a una maquineta tras el intento soñado de poder remendarla y así sucesivamente.

Hay un curso paralelo a la intelectualidad: el curso de ser hombre, de ser mujer, de ser habilidad, de poder organizar un rancho, hacer un puchero, improvisar un guiso, cortar unas leñas, organizar un fuego, prender una parrilla, desplumar una gallina para poder comerla, etcétera, etcétera.

Nada de eso está, nada de eso es opuesto al pensamiento abstracto, a la profundidad de sentir, a la poesía, a la gran mística de pensar en un universo. Por eso no acompaño ni acompañaré jamás el tácito desprecio que existe en este país a la enseñanza de las manos.

Y de esta parte hay una batalla que hemos perdido, pero que seguiremos peleando, por una UTU fuerte, autónoma, con centros que evolucionen, autonómicamente se regionalicen, se peguen al territorio y el territorio las apadrine, públicas pero capaces de ser, sencillamente, y no que estén impositivamente, para agrandar una letrina o hacer un baño, tengan que pedir permiso a una oficina de arquitectura montevideana que ni siquiera las conoce.

Por eso, esta es una batalla por la descentralización, por la autonomía de la UTU, por darle la estatura, la gran estatura para que cumpla con la Constitución: enseñanza media agraria e industrial obligatoria. Tenemos que entenderlo. Y esta es la batalla por delante, la gran batalla, no la única, desde luego.

Hemos logrado mejorar notoriamente en la Universidad de la República, que está haciendo más de ciento y pico de carreras en el interior del país y se está descentralizando, y costó mucho, y le cuesta, porque cuestan estos cambios.

Hay que vencer la inercia; cuesta, pero se está dando. Y se está dando a nivel terciario que más del 50 % de los universitarios de este país son hijos de hogares donde los padres no son universitarios. Eso es franco progreso.

Y está mejorando la matrícula de la enseñanza media en el interior, pero tenemos que ser mucho más audaces, mucho más creativos y confiar más en la libertad y en la iniciativa descentralizada de la gente. Por eso sabemos que esto no va a ser sencillo, porque hay otra entelequia: el sistema. Con la palabra de que la enseñanza tiene que ser un sistema, cosa con la que no estamos en desacuerdo, se termina construyendo una pirámide insoportable, que todo lo gobierna desde una oficina central y ayuda a que en los escalones intermedios se quiten toda responsabilidad, total, todo lo importante se decide arriba.

Por eso no vamos a lograr un triunfo a la vuelta de la esquina pero se nos compromete todo lo que nos queda de existencia en esta batalla.